

## CAPÍTULO 15

### PENSAR LAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS: EL DESPERTAR DE LA PESADILLA DEL CIENTIFICISMO.

**David del Pino Díaz**

Universidad Complutense de Madrid

#### **Resumen:**

El objetivo de este trabajo se centra en poner en valor las instituciones republicanas, contingentes e históricas, frente a cualquier tipo de positivismo cientificista, como una de las grandes conquistas filosóficas, históricas y políticas que sitúa el valor de la justicia, tanto formal como material, en un factor a conquistar y defender en la consolidación de un Estado de Derecho. Consideramos que el elemento que gradualmente une y vincula la justicia con el desarrollo del Estado de Derecho es el continuo proceso de racionalización en el que las instituciones ocupan un papel central. La burocratización se estructura como un complejo edificio “impersonal” en el que prevalecerá el orden en torno al monopolio de la violencia física y la legitimidad del proyecto institucional en cuestión. Frente a una lectura de Weber en clave únicamente romántica, en este trabajo pretendemos defender sus ideas más republicanas en torno al desarrollo del Estado Moderno.

Estando Weber de acuerdo en el carácter conflictual e injusto de una inercia inevitable de lucha de clases bajo el marco del capitalismo, éste defenderá que la propia voluntad de poder (clara referencia a Nietzsche) se situará en la conformación de una racionalización institucional y burocrática impersonal.

**Palabras clave:** Republicanismo, positivismo, justicia, Estado de Moderno, Lucha de clases, burocracia.

#### **Introducción**

Este artículo se propone analizar el problema de la relación entre la configuración de una verdad “ahistórica” en un marco coyunturalmente novedoso al calor del nuevo régimen de acumulación capitalista denominado por David Harvey como acumulación flexible y que nosotros coincidiremos en denominar: neoliberalismo; y la importancia, desarrollo y centralidad de las instituciones políticas republicanas como contrapeso necesario a una lógica esquizofrénica de acumulación infinita y marginal de riqueza y extracción. Se busca asimismo poner a prueba gran parte de la recepción realizada de la burocracia como instancia neutral y necesaria en la resolución de conflictos en sociedades altamente antagónicas como las capitalistas en la obra de Weber (Du Gay, P. 2012) a través de los desafíos que se presentan al analizarlo desde una perspectiva conflictual y diversa a la imperante en la actualidad bajo una “verdad” consensual (Mouffe, C. 2007, 2012) de felicidad y progreso en el consumo y la puesta en circulación de una mercantilización nunca antes conocida (Bauman, Z. 2001, 2007; Baudrillard, J. 1974, 1999)

En la actualidad, esa relación entre las instituciones políticas (burocracia) y la dimensión geográfica y global del neoliberalismo como realidad histórica de acumulación del capital se canaliza fundamentalmente a través de una sociedad de consumo altamente consensual. De esta forma, el componente inherentemente convulso y conflictual de la lucha de clases se disuelve en un juego dialéctico en el cual intervienen arbitrariamente

diversas esferas económicas, políticas y culturales generando una suerte de síntesis hegeliana “verdad científica” del fin de toda ideología alternativa a *la società a forma di merce*. (Fusaro, D. 2012).

A continuación, se presentará los aspectos centrales del cientificismo neoliberal reinante e imperante en el conjunto de las relaciones globales. Mientras que en el segundo punto, se detallará la importancia de garantizar el buen funcionamiento de las instituciones políticas y la burocracia moderna como agente mediador “impersonal” en unas sociedades contemporáneas altamente conflictivas.

### **Una nueva realidad científica: el neoliberalismo.**

El nuevo paradigma cientificista surgido en los albores de la Revolución Francesa inspirado en los grandes ecos vibrantes de las revoluciones científicas y sociales (el giro cartesiano de la Razón) de los siglos pasados, se reviste de un nuevo matiz de “verdad” (Foucault, M. 2009) que inspira una economía discursiva material y retórica realmente similar en una conjunción retroalimentada con el paradigma biológico. Este régimen de saber y de conocimiento propio de una naciente e incipiente sociedad burguesa que se impone poderosamente a mediados del siglo XIX toma prestado de la biología y de los saberes de la vida todo aquello que de manera proporcionalmente directa había sido sustraído como guía orientativa a la economía política: “Objetos de la transacción: los conceptos de desarrollo/crecimiento y de división del trabajo” (Mattelart, M. 1995: 79). Esta conjunción programática entre la economía política y las ciencias de la vida en las incipientes sociedades burguesas reviste necesariamente al capitalismo como un modo de producción complejo en continua búsqueda del progreso y de la perfectibilidad de las sociedades humanas. Frente a cualquier modelo revolucionario o conflictivo que pretenda mostrar las contradicciones inherentes al desarrollo asimétrico de la relación capital-trabajo, pensadores como Auguste Comte, Herbert Spencer, Charles Darwin, Adam Smith, o Thomas R. Malthus proponen una estructura social ordenada en la que cada compartimento mantiene una relación consensual y de garantías en la consecución del progreso, la perfectibilidad humana y la armonía social.

A este respecto, la crítica estética realizada por Friedrich Nietzsche muestra categorialmente las relaciones majestuosas y empáticas entre aquellos pensadores de ida y vuelta en la economía política y las ciencias de la vida en la configuración de un régimen de saber capitalista vinculado a la evolución biológica regida por la supervivencia y la lucha de los más adaptados. Muchas de las recepciones obtenidas del pensamiento de Nietzsche se olvidan por defecto u omisión de que fue un pensador realmente centrado y dedicado a descifrar la realidad sociológica y las condiciones del capitalismo burgués en el que él vivía. Es posible encontrar sinergias realmente poderosas entre el pensamiento subversivo y revolucionario de los escritos de Karl Marx, y aquellos textos nítidamente sociológicos de Nietzsche. Sin embargo, Nietzsche resultó ser a lo largo de su vida un crítico cultural y aristocrático del capitalismo. A diferencia de Marx, Nietzsche pretendía sustituir las coordenadas biológicas de progreso y perfección humana inscritas en el capitalismo, por una superación estética y transcendental vinculada a la obra de arte y la música de Wagner.

El drama musical y la gran relación de amistad que mantuvo en su juventud con el compositor y escritor Richard Wagner le hicieron despertar y desatar aquellas ideas que mantenía como esperanza dionisiaca en la superación artística y estética de la situación vulgar y desesperada en la que se encontraba la sociedad alemana de su tiempo regida directamente por un modo de producción y unas coordenadas burguesas de chauvinismo nacional, historicismo, positivismo y progreso que encarcelaban el alma y la creatividad humana. Para Nietzsche el estudio de la estructura de la sociedad burguesa se encontraba íntimamente ligada al estudio de los libros de biología del momento. Así pues, Nietzsche considera que pensadores como Darwin no eran científicos por casualidad, sino que respondían a la mentalidad burguesa de su tiempo alrededor del utilitarismo inglés del momento. Lo realmente importante, es que la idea de la selección natural llevada a cabo por Darwin, y sobre todo, la idea de la evolución

de Spencer, le resultaba a Nietzsche una respuesta teológica y finalista del proceso del devenir histórico, es decir, una dinámica imparable de progreso y supuesta perfectibilidad humana al amparo de un régimen extractor y realmente conflictivo como es el capitalismo. La crítica nietzscheana a la selección natural queda muy bien recogida en el aforismo 12 del II tomo de la *genealogía de la moral*: “Pero con ello se desconoce la esencia de la vida, su voluntad de poder; con ello se pasa por alto la supremacía de principio que poseen las fuerzas espontáneas, agresivas, invasoras, creadoras de nuevas interpretaciones, de nuevas direcciones y formas, por influjo de las cuales viene luego la adaptación; con ello se niega en el organismo mismo el papel dominador de los supremos funcionarios, en los que la voluntad de vida aparece activa y conformadora” (Nietzsche, 1996: 89-90).

En definitiva, aquellas prerrogativas que Nietzsche identificó y duramente criticó en la estructura de la sociedad burguesa, fueron capaces de cimentarse a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX dando forma a un capitalismo industrial de corte fordista (Gramsci, A. 1980) en el que las promesas de orden y continuo progreso en armonía social se han hecho únicas. Al comienzo del siglo XX (con una aplastante victoria en nuestro presente) las ideas de un orden social armonioso y regido funcionalmente por las ideas biológicas del mejor adaptado al ambiente como forma de encontrar la perfección humana se emplearon para ideologizar una sociedad inherentemente asimétrica entre el capital-trabajo ratificando la relación entre diferentes clases sociales y los vínculos existentes entre ellas.

Con el paso de las décadas, y tras una serie de sucesivos y encadenados acontecimientos históricos de gran impacto y calado internacional, como la Revolución de Octubre de 1917 y la configuración de la Unión Soviética como gran bloque de poder antagónico al Occidental liderado por los Estados Unidos; las dos guerras mundiales; el proceso de descolonización y los arduos conflictos adheridos al proceso; la gran recesión europea de mediados del siglo XX y el desarrollo del Plan Marshall en un plano no solo económico sino de hegemonía cultural y desarrollo capitalista del programa del Estado de Bienestar teorizado por Keynes; en la década de los 70 se produjo una gran recesión económica que afectó a los pilares fundamentales del régimen de acumulación capitalista regidos hasta el momento (Wallerstein, I. 1998; Arrigui, G. 1999) y la obligatoriedad estructural y también estratégica en la búsqueda de una nueva hegemonía mundial que sustituyera el régimen fordista por el de acumulación flexible o comúnmente conocido como neoliberalismo.

A diferencia del fordismo industrial, la brecha abierta fundada en la nueva era posindustrial (Touraine, A. 1993) basada en la información y en un nuevo registro material de las dimensiones del espacio y tiempo permitieron el desarrollo del régimen de acumulación flexible. Según el geógrafo marxista David Harvey, el tránsito del fordismo a un régimen de acumulación flexible característico en la reducción de las dimensiones humanas del tiempo y el espacio se debe a la incapacidad sólida de las políticas expansivas (keynesianismo) llevadas a cabo e impulsadas por los Estados Unidos a nivel mundial desde la Segunda Guerra Mundial. Todo intento en la década de los 70 de hacer frente a las rigideces del mercado chocaba bruscamente con el eslabón más sólido y estable en un juego dialéctico dentro de unas relaciones capitalistas: la clase obrera. Así pues, la situación obligó a gobiernos y multinacionales a racionalizar, reestructurar, modificar, e intensificar el control sobre la fuerza de trabajo. Entonces, el nuevo régimen de acumulación flexible atentará contra todas las rigideces de un sistema industrial que señala, identifica y descubre nítidamente la confrontación de clases desiguales en un sistema de producción conflictivo como es el capitalismo. Obviamente, el objetivo se centraba en disimular hasta “erradicar” las líneas desiguales y la confrontación de un sistema que debía albergar felicidad, consumo y un horizonte próspero para los individuos por encima y sobrepasando cualquier tipo de categorización de clase: “Apela a la flexibilidad con relación a los procesos laborales, los mercados de mano de obra, los productos y las pautas de consumo. Se caracteriza por la emergencia de sectores totalmente nuevos de producción, nuevas formas de

proporcionar servicios financieros, nuevos mercados y, sobre todo, niveles sumamente intensos de innovación comercial, tecnológica y organizativa. [...] Ha entrañado además una nueva vuelta de tuerca de lo que yo llamo “comprensión espacio-temporal” en el mundo capitalista: los horizontes temporales para la toma de decisiones privadas y públicas se han contraído mientras que la comunicación satelital y la disminución de los costos del transporte han hecho posible una mayor extensión de estas decisiones por un espacio cada vez más amplio y diversifica” (Harvey, D. 1998: 171-172)

De esta manera, el gran cambio en el régimen de acumulación global que afectaba a todos y cada uno de los ámbitos de la producción no solo económica, política, y cultural, sino también en el desarrollo de la cotidianidad, penetrando lentamente en espacios anteriormente no explorados por el capitalismo como el inconsciente se revestía como el único escenario posible “El final de la historia” en el que las diferencias de clase y las relaciones antagónicas entre el capital-trabajo serían sustituidas por un consenso generalizado. Para Chantal Mouffe, esta nueva situación corresponde a la desaparición de lo político en su dimensión antagónica. Mouffe atribuye a la hegemonía neoliberal el evitar y pretender acabar con el conflicto en su dimensión inherentemente antagónica en las sociedades capitalistas. Ergo, una de las premisas más señaladas de esta hegemonía impuesta desde la década de los 70 consiste en la resolución de los problemas y los conflictos de clase mediante el consenso individualizado y el diálogo en una suerte de individualismo antropológico transmitiendo a los ciudadanos un conflicto muy reducido o casi inexistente: “El debate democrático es concebido como un diálogo entre individuos cuyo objetivo es crear nuevas solidaridades y ampliar las bases de la confianza activa. Los conflictos pueden ser pacíficos gracias a la “apertura” de una diversidad de esferas públicas, en las cuales –a través del diálogo- personas con intereses muy diferentes tomarán decisiones sobre una variedad de temas que las afectan, y desarrollarán una relación de tolerancia mutua que les permitirá vivir juntas” (Mouffe, C. 2007: 54).

Asimismo, la obra de Foucault *El nacimiento de la biopolítica: curso del College de France (1978-1979)* es una obra fundamental para analizar las profundidades de un nuevo régimen de acumulación flexible que pretende convertir a cada individuo en un nuevo sujeto económico que incluso, en sí mismo, pudiera justificar la desigualdad como terreno fértil y necesario de competencia. Esta teoría, y a su vez, la dimensión acumulativa del capitalismo contemporáneo, pretende enseñar que cada individuo es una empresa en sí mismo que debe gestionar los costes/beneficios, desplazando las relaciones no sólo marxistas, sino también liberales de trabajo-salario.

Dicho todo esto, ¿En qué posición se encuentran las instituciones políticas? Las burocracias, y cada vez que con más pasión y virulencia están siendo duramente golpeadas y denostadas por diferentes discursos políticos y privados sin atisbar la importancia real que tuvieron en el propio desarrollo del capitalismo moderno tal y como lo conocemos. Para ello, es necesario volver a repensar la importancia de las instituciones políticas y la burocracia como agentes neutrales de resolución de conflictos sociales en un sistema “el capitalista” inherentemente antagónico y marcado por la lucha de clases.

### **Una defensa de las instituciones políticas y la justicia en la contemporaneidad.**

Es evidente, que, en términos políticos, y mucho más, cuando se encuentran insertos dentro de unas dinámicas de producción inherentemente antagónicas, el conflicto siempre se va a dar, tanto en la cotidianidad como en lo más banal se presentan conflictos, en cualquier esfera de nuestra vida a título individual como en el juego democrático. A este respecto, Max Weber, optando por una metodología diferente y una manera comprender la historia diversa a lo marcado por Karl Marx, no negará las consecuencias agresivas y destructivas de la propia inercia del capitalismo, y es desde la obra de Max Weber desde la que vamos a trabajar en la defensa de las instituciones políticas como único garante neutral y de justicia en la resolución del conflicto de clase inherente a nuestras sociedades atravesadas por las dinámicas del mercado.

Karl Marx en su obra nodal *El Capital* expone espléndidamente en los capítulos XXIV y XXV del Libro I dedicados el primero a la acumulación originaria (nacimiento del capitalismo moderno) y el segundo, a la teoría moderna de la colonización, la gran estafa en la conjunción de la creación de la propiedad privada capitalista y el nacimiento de la fuerza de trabajo como elementos instigadores de la lucha de clases. Si para un liberal el mercado es un espacio abierto y neutral donde se desarrollan acciones y negociaciones entre sujetos completamente libres e iguales; para Karl Marx, aislando las leyes fundamentales que rigen el sistema de producción capitalista atestiguó la gran estafa que esconden semejantes tesis. Para Marx el sistema de producción capitalista se configura desde su formación en la expropiación de las condiciones generales del trabajo y de la propiedad que regían el funcionamiento de las sociedades hasta el descubrimiento del colonialismo. El nacimiento del capitalismo moderno se funda en la expropiación y en la aniquilación de la propiedad privada, o lo que es lo mismo, en la sustitución de la propiedad erigida en el trabajo común y el esfuerzo propio y familiar por el hecho de una propiedad en la que ya no tienes la potestad y el derecho de trabajarla al pertenecer de manera privada y en defensa de las leyes impuestas a otro propietario. Es así, como Marx considera que se funda el derecho de la propiedad privada capitalista, en la expropiación del trabajo personal y el sacrificio familiar en detrimento de unas condiciones “neutrales” del mercado que expropian, localizan y monopolizan los medios de producción y la propiedad privada en unas manos bien definidas por el poder.

Con el paso de las décadas, y desde posiciones heterodoxas dentro de la corriente marxista, algunos de los mejores pensadores marxistas heterodoxos sin prestar tributo o estar condicionados por una teleología histórica y una naturaleza positiva en la redención necesaria del proletariado como condición *sine qua non* a la construcción de un modelo de producción diferente en el que se erradicaría la concentración monopolística de los medios de producción, han demostrado con suficiente autoridad la inherente lucha de clases no solo económica, sino también política, y cultural dentro del sistema de producción capitalista. Autores como Richard Hoggart (2009), S. Hall (2014), E. Thompson (2012), R. Williams (2001, 2003, 2008), P. Willis (2017), O. Jones (2012), o P. Bourdieu (2017), nos han enseñado que pese a las grandes transformaciones acometidas por la nueva fase del capitalismo denominada “neoliberalismo” los pánicos, la virulencia y la gran depresión se ciñe fundamentalmente sobre los más desfavorecidos. Si los diferentes análisis sociológicos llevados a cabo por P. Bourdieu en *La Distinción* evidenciaban una estructura simbólica y una diferencia nítida en la construcción del gusto y la cultura entre las diferentes clases sociales perpetuada en el tiempo “*habitus*”: “Hablando con propiedad, no existe herencia material que no sea a la vez una herencia cultural, y los bienes familiares tienen como función no solo la de dar testimonio físico de la antigüedad y continuidad de la familia y, por ello, la de consagrar su identidad social, no dissociable de la permanencia en el tiempo, sino también la de contribuir prácticamente a su reproducción moral, es decir, a la transmisión de los valores, virtudes y competencias que constituyen el fundamento de la legítima pertenencia a las dinastías burguesas” (Bourdieu, P. 2017:87); los trabajos más recientes de Owen Jones (2012) en *Chavs* o Wilkinson y Pickett (2009) en *Desigualdad: un análisis de la infelicidad colectiva* siguen poniendo en evidencia y demostrando la grave fractura y desigualdad de clase en las sociedades contemporáneas.

Ciertamente, Max Weber no se posicionó en los mismos planteamientos teóricos e históricos que Karl Marx, no aceptando lo que él denominaba el mito de la acumulación originaria, pero sí advirtió de las consecuencias materiales que habían sido descritas por Marx, es decir, sin aceptar los dos capítulos descritos en este trabajo del primer Libro de *El Capital*, Weber nunca negará, y no lo hizo, que la propia inercia del capitalismo genera en última instancia una atroz lucha de clases. Weber partiendo de un individualismo antropológico no negó la existencia de las clases sociales, eso sí, a diferencia de Marx, la clase no era la categoría central de sus análisis. Sin embargo, partiendo de la categoría central del “individuo” Weber acordará que si el mercado es el



espacio en el que se desarrollan las acciones y las actividades de los individuos, es natural, que ellos mismos tiendan a materializar formas de unión en diferentes categorías denominadas “clases” en la defensa de sus intereses. Aun así, Weber no fue partidario de la existencia de unos intereses de clase de manera teleológica, o lo que es lo mismo, la existencia de las clases sociales en un juego dialéctico e histórico en detrimento de cada subjetividad. Lo que mantuvo en toda su obra, es la existencia fáctica, real y objetiva de una serie de intereses en el plano individual, que bajo ciertas circunstancias históricas pueden hilvanarse en un proyecto común como es la clase.

Según Weber, la condición de lucha de clases se ha dado a lo largo de la historia, en diferentes formas y en diversas coyunturas. Pero, a diferencia de la corriente marxista, ni entendía la constitución de la clase como categoría nodal y ontológica del estudio de la historia; ni estaba de acuerdo con la comprensión del hecho histórico como secuencia teleológica en búsqueda de la redención del proletariado en la última etapa democrática y comunista.

Por todo esto, Weber defendió que las instituciones políticas y la construcción de la burocracia en el Estado Moderno serían los únicos sujetos capaces de llevar a cabo la difícil tarea de la mediación “impersonal” en unas sociedades inherentemente conflictivas y atravesadas por el antagonismo de la lucha de clases. Entonces, en la contemporaneidad donde las fronteras ideológicas del neoliberalismo tienden a intentar desdibujar y esconder las diferencias de clase, debemos más que nunca reivindicar el funcionamiento de unas instituciones políticas y de una burocracia moderna que estén al servicio de la neutralidad y la mediación social y no a garantizar la estabilidad de las pérdidas de aquellos que con la financiación de la economía juegan con nuestro futuro y porvenir como indican todos los marcadores de la última gran recesión económica.

En nuestro presente, y partiendo de las obras conjuntas de John Rawls (2006, 2017) y Paul du Gay (2012), nos encontramos como ya hemos mencionado anteriormente, en una coyuntura histórica, perfectamente descrita por Foucault (2009) donde más que nunca consideramos que es necesario volver a reconstruir un mensaje unívoco y decidido en torno a repensar la teoría de la burocracia y la tutela de la justicia en una realidad social sangrante y profundamente desigual como ya lo expusiera Max Weber. En este sentido, creemos que dicha defensa pasa inexpugablemente por una lectura conjunta de John Rawls y Paul du Gay. En este artículo, centraremos mayor atención e interés al segundo por situarse claramente en la defensa y la reivindicación de las obras de Max Weber como bastión obligado en la defensa de la burocracia como actor mediador y conciliador en un escenario de lucha de clases.

John Rawls a diferencia de los centros de pensamiento neopositivistas identifica la justicia como el principio rector y nodal del desarrollo de las instituciones sociales (Las diferencias entre Rawls y Weber son muchas e insalvables, pero el primero, nos interesa por forjarse como uno de los mayores críticos del pensamiento neoliberal de los últimos años). En el presente artículo, la importancia de Rawls es manifiesta en la reactivación de la idea del contrato social republicano en unas instituciones políticas que se presentan desde Rousseau hasta Kant. La teoría de la justicia del contrato social y la defensa del Estado de Bienestar en Rawls se contraponen a dos fuertes corrientes elaboradas una por James Buchanan sobre la reelaboración del pensamiento de Hobbes; y la otra, la teoría de Robert Nozick inspirada en el pensamiento del liberal Locke.

Frente a estas dos formas de realización bien conocidas del pensamiento liberal, esgrimiré John Rawls las objeciones de su obra. No obstante, lo que a nosotros nos interesa en este trabajo es la recepción hecha al respecto por Paul Du Gay desde un marco teórico weberiano. Nos interesa advertir la importancia que le otorga Du Gay a la burocracia en el pensamiento de Weber: “A principio del siglo XX, por ejemplo, encontramos a Max Weber aclamando contra los diferentes romanticismos políticos – anarquistas, socialistas, intelectuales de salón- que se desharían de la burocracia, la ley y otros detritus del Estado Liberal en su búsqueda de sus propias y radicales visiones

de una sociedad más igualitaria, donde se disolverían las jerarquías y cada uno podría perseguir su propio ideal de buena vida hasta saciarse” (Du Gay, P. 2012: 49).

Es evidente que Du Gay realiza una acalorada defensa del *ethos* burocrático que, en opinión del mismo, cumple una función especial: salvaguardar la condición de igualdad de todos los ciudadanos independientemente de su procedencia en las diferentes escalas del sistema productivo. Sin embargo, la lectura que realiza Du Gay de la defensa del *ethos* público y de la burocracia en la contemporaneidad, con muchos matices respecto a lo pensado y desarrollado en este trabajo por Max Weber, pretende recuperar cierta dignidad ética de las rutinas y del día a día de las acciones de la burocracia ante esta deriva de grandes críticas por parte de centros de pensamiento neopositivista y filosóficos, o neoempresariales.

En resumen, las diferentes tesis de John Rawls y Paul du Gay, desde su clara y notoria distancia teórica, están problematizando los diversos discursos y propuestas filosóficas, políticas, económicas y culturales que pretenden la convocatoria mínima de las funciones del Estado Moderno, y también, la cada vez menor intervención burocrática en la lucha de clases en forma de un Estado de Bienestar, que nos termine por dejar solos en nuestra subjetividad frente a los peligros de un mercado arbitrario y monopolístico como sobradamente quedó demostrado en la última gran crisis económica. Lo que pretendemos reivindicar con la lectura conjunta de Weber, Rawls y Du Gay, es la obligatoriedad de situar en el centro del debate la gran función democratizadora y republicana de las instituciones políticas siempre y cuando no sean presas de un modo de producción capaz de penetrar en los espacios más recónditos.

### Conclusiones

La idea central de este trabajo es el intento de situar en el centro del debate político y filosófico la importancia de la impersonalidad de la burocracia como garantía de igualdad y justicia en unas sociedades contemporáneas cada vez más complejas y desvertebradas por un pensamiento único que se hizo verdaderamente sentir tras la tesis de Margaret Thatcher “no hay alternativa”; o el discurso de Sarkozy en Francia tras el estallido de la gran crisis económica internacional del 2008 en el que atisbó que no hay más sistema que la economía de mercado. A lo que poco después añadió la importancia de refundar el capitalismo. ¿Cómo? A lo que Sarkozy respondió claramente: moralizándolo. Frente a estos discursos denunciados en la obra de Paul Du Gay *Elogio de la burocracia*, en este trabajo hemos propuesto la relectura de la obra de Weber en cuanto a que se erigió como una gran síntesis política de las diferentes obras de dos de los grandes pensadores del siglo XIX: Friedrich Nietzsche, y Karl Marx.

No cabe duda de que la irreversibilidad de la subjetividad del individuo, el inexorable desarrollo del capitalismo moderno y la necesaria construcción del Estado Moderno y la burocracia, son conceptos weberianos muy amplios y diversos, puesto que nos ofrecen multitud de textos y de ideas que cada cual debe descifrar. La dificultad recae, por tanto, en saber traducir todos y cada uno de ellos en el sentido que fueron otorgados por el sociólogo Weber tras las lecturas críticas de la genealogía de la sociedad burguesa y la voluntad de poder en Nietzsche; y la lectura de *El Capital* de Karl Marx, fundamentalmente los capítulos históricos XXIV y XXV.

Aun así, debemos añadir que Weber es un nietzscheano convencido de las virtudes del sistema de producción capitalista. A pesar de considerar el capitalismo como una jaula de hierro y encontrar en la vitalidad sobrehumana una salida estética a dicha problemática; Weber estuvo firmemente convencido en que la inercia histórica, natural, sensata y político es la racionalización de todas las esferas de la vida.

### Bibliografía.

- ARRIGHI, G. (1999) *El largo siglo XX: dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid, España, Editorial Akal.
- BAUDRILLARD, J. (1999) *El sistema de los objetos*. Madrid, España, Siglo Veintiuno editores

- (1974) La sociedad de consumo. Barcelona, España, Plaza & Janes, S. A., Editores
- BAUMAN, Z. (2007) Vida de consumo. Buenos Aires, Argentina, Fondo de Cultura Económica de Argentina
- (2001) La posmodernidad y sus desencuentros. Madrid, España, Editorial Akal
- BOURDIEU, P. (2017) La distinción. Criterios y bases sociales el gusto. Barcelona, España, Editorial Taurus.
- DU GAY, P. (2012) En elogio de la burocracia. Madrid, España, Siglo XXI.
- GRAMSCI, A. (1980) –Americanismo y fordismo- en Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno, Buenos Aires, Nueva visión.
- FOUCAULT, M. (2009) El nacimiento de la biopolítica: Curso del Collège de France (1978-1979). Madrid, Editorial Akal.
- FUSARO, D. (2012) Mínima mercatalia: Filosofía e capitalismo. Tascabili. Saggi.
- HALL, S. JEFFERSON, T. (2014) Rituales de Resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra. Madrid, España, Editorial Traficantes de Sueños
- HARVEY, D. (1998) La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural. Buenos Aires, Argentina, Amorrortu editores.
- HOGGART, R. (2009) La cultura obrera en la sociedad de masas. Siglo XXI, Madrid, España.
- JONES, O. (2012) Chavs. La demonización de la clase obrera. Editorial Capitán Swing, Madrid.
- MATTELART, A. (1995) La invención de la comunicación. Bosch Casa Editorial, S. A. Barcelona
- MARX, K. (2017 [1867]) El capital. Crítica de la economía política. Obras completas. Editorial Siglo XXI, Madrid
- MOUFFE, C. (2007) En torno a lo político. Editorial Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- (2012) La paradoja democrática. Editorial Genisa, Barcelona.
- NIETZSCHE, F. (2013) Obras Completas. Vol. II, Escritos filológicos. Editorial Tecnos, Madrid- España
- (2014) Obras Completas. Vol. III, Escritos de Madurez I. Editorial Tecnos Madrid-España
- (1996) La genealogía de la moral. Alianza Editorial, Madrid.
- RAWLS, JOHN (2006) Teoría de la justicia. S.L. Fondo de Cultura Económica Española
- (2017) Justicia como equidad. Editorial Tecnos, Madrid, España
- THOMPSON, E. (2012) La formación de la clase obrera en Inglaterra. Editorial Capitán Swing, Madrid.
- TOURAINÉ, A. (1993) Crítica de la modernidad. Ediciones Temas de Hoy S.A. Madrid, España
- WALLERSTEIN, I. (1998) El capitalismo histórico. Siglo XXI de España Editores, S. A., Madrid.
- WEBER, M. (2014) Economía y Sociedad. Fondo de Cultura Económica, México.
- WILKINSON Y PICKETT (2009) Desigualdad: un análisis de la infelicidad colectiva. Editorial Turner.
- WILLIAMS, R. (2001) Cultura y sociedad. 1780-1950. De Coleridge a Orwell. Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina.
- (2003) La larga revolución. Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina.
- (2008 [1958]). "La cultura es algo ordinario" en *Historia y Cultura Común*. Madrid: Los libros de la Catarata (pp.37-62)
- WILLIS, P. (2017) Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera. Editorial Akal, Madrid, España.